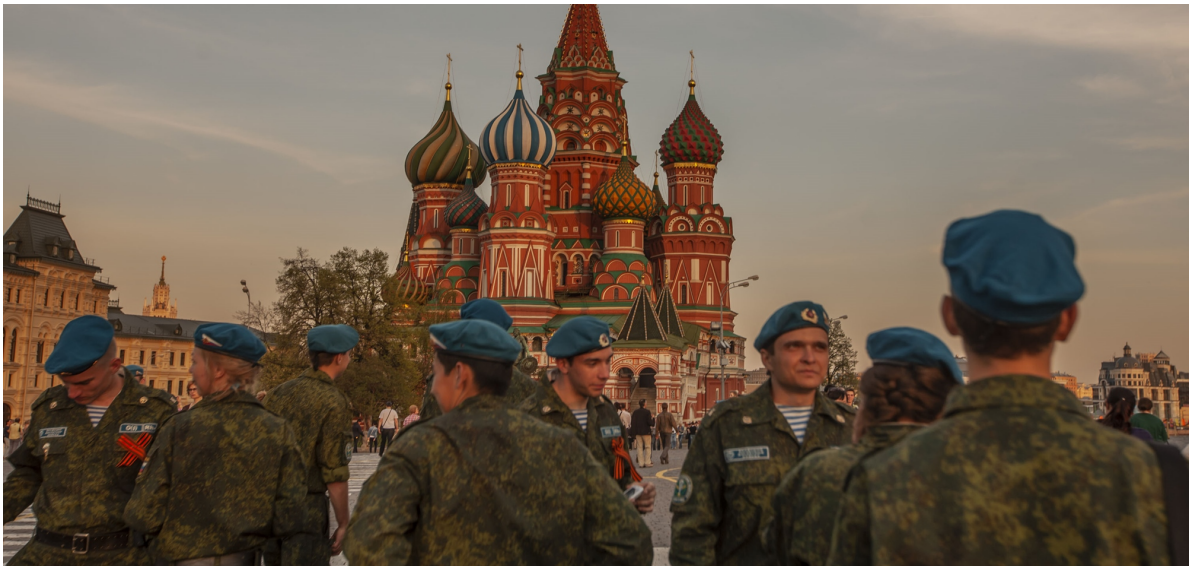


RETOS Y AMENAZAS PARA LOS DERECHOS HUMANOS EN EUROPA

# Los derechos universales surgieron del antifascismo

La defensa de la universalidad exige una  
democracia militante

Paul Mason



Jóvenes cadetes en la plaza Roja de Moscú, Rusia, el 10 de octubre de 2013, frente al Kremlin y la catedral de San Basilio. Fotografía: [Alessio Mamo](#)

Cuándo Gueorgui Plekhànov redactó el primer programa socialista para Rusia, no tenía ninguna ambición en materia de derechos humanos. Exiliado en Ginebra el 1883, su Grupo para la Emancipación del Trabajo se limitó a reivindicar unos cuantos elementos básicos: elecciones libres, *habeas corpus* y libertad de pensamiento, prensa, reunión y asociación. Plekhànov pensaba que si las normas básicas de la democracia occidental se podían introducir en su país, la justicia social vendría a continuación. [1]

Es sorprendente que, 140 años más tarde, ninguno de estos derechos existe actualmente en Rusia. Según Amnistía Internacional, la represión de la libertad de expresión es grave. Hay detenciones arbitrarias, a menudo acompañadas de tortura. Todos los medios críticos con el régimen de Putin son eliminados. Los políticos que hablan en contra de la agresión rusa en Ucrania son condenados a penas de prisión. [2] Con respecto a los homólogos modernos de Plekhànov —los rusos liberales y progresistas que han huido a Europa occidental en respuesta a la represión de Putin—, sus vidas corren más peligro que las de aquellos que

huyeron del zarismo. Viven con el temor justificado de ser intimidados, secuestrados o, incluso, asesinados.

En el 75.º aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, no sólo vemos estados autoritarios como Rusia que incumplen sus disposiciones a una escala sin precedentes, sino también que la base moral del universalismo es atacada abiertamente —no tan sólo de manera casual, sino sistemática— por los ideólogos oficiales de Rusia, China y la India.

En la década de 1880, una figura como Plekhànov, considerado el “padre del marxismo ruso”, podía presuponer que la humanidad emprendía un viaje sin retorno hacia los derechos legales. Hoy, los que luchan por la justicia social tienen que tener claro que el viaje puede incluir un billete de vuelta. Asistimos a un retroceso flagrante de los derechos humanos, tanto en la práctica como en la teoría, y cada vez hay menos gente que cree, incluso en Occidente.

Después de haber conseguido presentar a los inmigrantes como “invasores” u “ocupantes” dispuestos a erradicar la cultura del grupo dominante, a los populistas de derechas sólo les queda dar un pequeño paso para presentar a los derechos humanos como unos preceptos *sólo para ellos*. A su vez, en la lista de objetivos del fascismo moderno, los que defienden los derechos humanos son acusados, junto con las feministas, de ser los principales facilitadores del presunto “genocidio blanco”.

No obstante, también es la izquierda la que impulsa la erosión del universalismo, por una mezcla de operaciones de influencia rusa y china, y por la premisa profundamente antihumanista del mundo académico posmoderno y postestructuralista.

Como resultado, el liberalismo se parece cada vez más a un padre que ha construido para sus hijos un magnífico castillo de arena de estatutos e instituciones, y ahora se tiene que subir mientras el mar moja la arena.

Asistimos a un retroceso flagrante de los derechos humanos, tanto en la práctica como en la teoría, y cada vez hay menos gente que cree, incluso en Occidente

Si queremos resistir el colapso —sobre todo la amenaza de la Gran Bretaña de salir del Convenio Europeo de Derechos Humanos (CEDH), que podría desencadenar que otros países hicieran lo mismo—, tenemos que contraatacar en nombre de los principios de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y luchar por la existencia de instituciones multilaterales y el derecho internacional. Desde el 2018, he defendido que eso tiene que empezar con una *defensa radical del ser humano*.

## Orígenes de la Declaración

Stéphane Hessel, un miembro de la Resistencia francesa que ayudó a redactar la Declaración, explicó los orígenes de su compromiso con la universalidad. Los países anglosajones preferían una “declaración internacional” que diera cabida al relativismo cultural y a los argumentos particulares, pero los redactores estaban decididos a resistir:

La Declaración Universal debe mucho a la reacción universal hacia el nazismo, el fascismo, el totalitarismo, e incluso, por nuestra presencia, al espíritu de la Resistencia. Notaba que teníamos que actuar de prisa, que no nos podíamos dejar engañar por la hipocresía que había en la adhesión proclamada por los vencedores a aquellos valores que no todos tenían la intención de fomentar con lealtad, pero que nosotros intentábamos imponer. [3]

De hecho, la aparente victoria táctica del antifascismo plebeyo en el Palacio de Chaillot fue el resultado de dos décadas de estudios jurídicos basados en la experiencia de la Sociedad de las Naciones, la Organización Internacional del Trabajo y el Tribunal Internacional de Justicia. Ya en 1924, el jurista griego Nicolas Politis había predicho que, a consecuencia del Tratado de Versalles, el concepto tradicional de soberanía moriría. El individuo había encontrado una voz en el derecho internacional y el resultado inevitable era que los seres humanos, no los gobiernos, se convertirían en sujetos del derecho internacional. [4]

René Cassin, impulsor del universalismo en los debates en torno a la Declaración, pidió que se recogiera el reconocimiento jurídico que el ser humano es un “animal social”; por lo tanto, las comunidades, igual que las personas, podían tener derechos, y los individuos podían tener derechos sociales. Con el fin de conseguir un acuerdo sobre estos principios —la centralidad del ser humano, las limitaciones del poder estatal y la centralidad de los derechos sociales—, Casen y sus colaboradores aceptaron el carácter no vinculante de la Declaración. Según su razonamiento, era preferible tener un principio sólidamente establecido y convertirlo más adelante en un tratado y una institución.

Eso marcó la pauta de los sesenta años siguientes. Para los defensores de los derechos humanos, el eterno problema era el incumplimiento de estos derechos por parte de los estados y la imposibilidad de hacerles cumplir si no era apelante a los tribunales internacionales *a posteriori*. El problema más reciente es que cada vez hay más personas que no quieren estar sujetas al derecho internacional: quieren que su comunidad —blanca y cristiana en Europa, hindú en la India, no indígena en el Brasil, judía en Israel- tenga más derechos y que sean los estados los que reclamen la soberanía a las personas.

Eso es, al fin y al cabo, lo que ha provocado que la ministra del Interior británica amenazara con un segundo brexit, en este caso respecto del Tribunal Europeo de Derechos

Humanos, y que un gran número de votantes de derechas le diera apoyo.

## Crisis del yo neoliberal

Es habitual citar la inseguridad económica como la causa de la crisis del yo neoliberal. Y hay pruebas que lo demuestran. Una encuesta que el Instituto Pew hizo en el 2021 en diecisiete países reveló que la falta de confianza en la democracia estaba estrechamente relacionada con la sensación de inseguridad económica. [5] El capitalismo neoliberal ha generado una desigualdad creciente y un estancamiento económico en el mundo desarrollado.

Pero eso por sí solo no puede explicar el fracaso repentino de la aceptación del gobierno democrático y la falta de confianza en los derechos humanos. Para encontrar una explicación, hace falta que nos fijemos en el fracaso de la visión neoliberal del mundo cuando el sistema —entre el 2008 y el 2011— perdió su coherencia interna.

A diferencia de la economía keynesiana, el neoliberalismo se presentaba como una teoría del todo. No sólo explicaba por qué las minas de carbón británicas tenían que cerrar, y por qué millones de trabajadores manuales respetables y calificados de golpe se veían inmersos en un mundo de trabajo inseguro y rodeado de delincuencia. Y también explicaba cómo se podían utilizar los principios del mercado para gestionar las prisiones, por qué razón el carbón podía tener un “precio” o por qué lo más lógico que podías hacer si eras pobre era pedir un préstamo. Incluso convirtió las citas en un mercado.

Paradójicamente, el neoliberalismo ancló nuestra creencia en el individualismo en la psicología de masas; desde la *favela* brasileña hasta las ciudades del cinturón industrial de los Estados Unidos, la gente se dio cuenta de que, cuanto más vivieran según el principio de la ley del más fuerte, más felices serían.

Así, desde mediados de años ochenta hasta la quiebra de Lehman Brothers, en el 2008, surgió uno “yo neoliberal”. Este concepto se basaba en la creencia que el mercado actúa como un ordenador gigante que calcula los resultados óptimos para cada individuo, y que lo peor que se podía hacer era manipular esta máquina introduciendo valores morales o creencias sociales.

de funcionar. Y aunque, desde el 2008, la economía mundial ha sobrevivido gracias a la respiración asistida, con decenas de billones de deuda adicional y miles de millones en dinero ficticio de los bancos centrales, no se puede mantener viva una ideología con respiración asistida. El cerebro humano exige coherencia.

Actualmente, millones de cerebros humanos tienen que hacer frente a cinco crisis simultáneas: la crisis climática, que exige cambios importantes en el estilo de vida de los países industrializados; la crisis económica, con una ralentización del crecimiento y un aumento de la deuda; la crisis de las sociedades democráticas, que no pueden ofrecer bienestar a la gente de la calle; la crisis de la asimetría tecnológica, que otorga a las

grandes corporaciones el poder de controlar y vigilar a la ciudadanía, y, en último lugar, la crisis de la COVID-19, que ha acelerado todas las otras.

Actualmente, millones de cerebros humanos tienen que hacer frente a cinco crisis simultáneas: la crisis climática, la crisis económica, la crisis de las sociedades democráticas, i la crisis de la COVID-19

Y mientras los cerebros hacen frente a estas crisis, también se ven entregados a una crisis del yo neoliberal. La persona en qué se tuvieron que convertir para sobrevivir a la modernidad líquida no puede sobrevivir al encenagamiento repentino de la realidad.

Y como la izquierda se niega a dar respuestas coherentes, y dado que a los amos del capital mediático no hay nada que les guste más que actuar ante una multitud agotada, confundida y desilusionada, la gente ha empezado a mirar atrás, a una época en que el Estado y la comunidad autodefinida tenían derechos sobre el individuo.

## La ideología de los BRICS+

Los BRICS+ se sienten animados por el hecho que China, con su menosprecio por los derechos humanos, no sólo tiene la historia de desarrollo humano más exitosa, sino que ahora ha reclamado el liderazgo moral del Sur global, con Rusia como portavoz en Euroasia.

En un comunicado conjunto de Rusia y China publicado el 4 de febrero del 2022 —que fue una especie de preludio de la guerra genocida contra Ucrania—, Putin y Xi anunciaron un nuevo antiuniversalismo coherente:

El carácter universal de los derechos humanos se tiene que ver a través del prisma de la situación real de cada país en particular, y los derechos humanos se tienen que proteger de acuerdo con la situación específica de cada país y las necesidades de su población.  
[6]

Así, pues, corresponde a Moscú y a Pekín definir lo que constituye la libertad de expresión, la democracia o unas elecciones justas. Este principio ha resultado tan atractivo para los autócratas y dictadores del Sur global que se han apresurado a reunirse en massa en torno al proyecto BRICS+. Se trata de un repudio abierto de los principios de 1948.

Mientras la extrema derecha clama por el derecho de los estados norteamericanos a

prohibir el aborto y a perseguir a cualquier mujer que se desplace a otros estados para abortar, algunos sectores de la extrema izquierda reclaman ahora un “mundo multipolar”, disculpan la represión genocida del pueblo uigur y denuncian la universalidad como producto del imperialismo blanco.

El que comparten el movimiento MAGA (“*Make America great again*”, es decir, “Hagamos que América vuelva a ser grande”) y los neoestalinistas es un profundo antihumanismo.

Sabemos de dónde viene en el caso de la derecha. Como dijo Arendt en relación a los criminales de Nuremberg: no sólo consideraban que sus víctimas eran infrahumanas, sino que, como auténticos nihilistas, no les importaba si ellos mismos vivían, morían o no habían nacido nunca. [7]

El antihumanismo de la izquierda moderna proviene de una fuente diferente: Foucault i Althusser. Fue Althusser quien enseñó a la generación de 1968 que la historia es un “proceso sin sujeto”, y fue Foucault quien insistió en que la humanidad era un constructo social, tan fácil de borrar como una cara dibujada a la arena.

El resultado de este tipo de pensamiento quedó ilustrado hace dos meses, cuando una alianza de estudiantes de izquierdas de Harvard se negó a condenar, e incluso a mencionar, el asesinato de 1.200 judíos israelíes en manos de Hamás, alegando lo siguiente: “El régimen del apartheid es el único culpable. La violencia israelí ha estructurado todos los aspectos de la existencia palestina durante 75 años”. [8]

Se ha desterrado la idea de que el pueblo palestino tenga agencia y capacidad de acción. Sólo está el opresor que controla el comportamiento de los oprimidos. Una vez consideras que los seres humanos son un constructo social, y que sus acciones son el resultado de estar “estructurados” por la opresión, entonces cualquier noción de agencia deja de tener sentido. Incluso se puede ignorar el *dictum* más fundamental de Karl Marx:

La historia no hace nada, no tiene riquezas inmensas, no libra ninguna batalla. Es el hombre, el hombre real y vivo, el que hace todo eso, lo que posee y lucha; la “historia” no es, para decirlo de alguna manera, una persona aparte, que utiliza al hombre como un medio para alcanzar sus objetivos; la historia no es más que la actividad del hombre persiguiendo sus objetivos . [9]

Para entender la declaración de Harvard, sólo hay que convertir cada una de estas afirmaciones en su contrario: la historia lo hace *todo*, libra *todas* las batallas; es, de hecho, una persona independiente de los títeres que ejecutan sus deseos, que a su vez no son más que una colección de huesos y ADN.

Recuperar la posición central del ser humano en el derecho y la justicia internacionales no será fácil, sobre todo porque el poder asimétrico sobre la tecnología está creando personas que se sienten controladas, vigiladas, con un comportamiento predicho y modelado por las cuatro pulgadas de titanio y vidrio que llevan en el bolsillo.

Para defender el universalismo tenemos que seguir la lógica de antifascistas como Casen, Politis y Hessel.

Según Politis, incluso con la forma más rudimentaria de gobierno internacional, el individuo se presentará ante los tribunales exigiendo justicia contra el Estado soberano. Por mucho que se intente dictaminar en contra suya, o reducirlo a los márgenes, está allí. Si hay un sistema de estados y tribunales internacionales, la única base sobre la cual el individuo puede estar presente es la de la universalidad de la experiencia humana, el hecho biológico que, como seres humanos, todos somos miembros de la especie *Homo sapiens*, a pesar de nuestras diferencias étnicas, lingüísticas y culturales.

Por segunda vez en un siglo nos veremos obligados a resistir contra el fascismo y a derrotarlo. Tenemos que adoptar un ethos antifascista, es decir, tenemos que vivir conscientemente de manera antifascista

Incluso para el *influencer* de extrema derecha de TikTok, que quiere defender su derecho a sembrar desinformación a cambio de dólares en publicidad, sólo hay dos principios legales en un mercado global: la fuerza bruta o la universalidad humana. Una vez entiendan el poder absoluto de las corporaciones en las cuales confían para ganar dinero, y el poder de dictadores como Putin, incluso esta gente serán susceptibles de argumentar que su “derecho a la libertad de expresión” radica en el hecho en ser miembros de su especie, no en una posición temporal dentro de una jerarquía inestable.

## *Ethos* antifascista

Para mí, la lucha para defender la Declaración y el Convenio Europeo de Derechos Humanos, que encarna sus principios y que todavía es más importante, tiene que surgir de las raíces antifascistas del proyecto.

El filósofo italiano Enzo Traverso sostiene que el antifascismo surgió a mediados de años treinta como una nueva religión civil sintética, que sustituyó y transformó sus ideologías coadyuvantes, es decir, el comunismo, el liberalismo y el cristianismo radical:

Contra la religión política fascista de la fuerza, el antifascismo defendía la religión civil de la humanidad, la democracia y el socialismo. La ética compartida fue tal que, en un contexto histórico excepcional y necesariamente transitorio, permitió mantener unidos cristianos y comunistas ateos, liberales y colectivistas. [10]

En el momento en que se aprobó la Declaración Universal, el antifascismo como ética volvió a retroceder en sus partes constituyentes. Dado que las condiciones excepcionales que lo crearon están resurgiendo, nosotros también tenemos que intentar hacer un nuevo tipo de síntesis, fusionando en un proyecto la justicia social, la universalidad, la defensa del derecho internacional y un orden mundial basado en leyes.

En la práctica, hay que abordar tres tareas, pero no hay mucho tiempo para llevarlas a cabo. En primer lugar, para combatir la alianza de la extrema derecha entre la élite y la turba, necesitamos una alianza temporal del centro y la izquierda: una versión contemporánea del Frente Popular concebida para hacer pactos tácticos de no agresión e incluso grandes acuerdos estratégicos con el fin de hacer cumplir el estado de derecho y evitar que políticos alineados con el fascismo como Trump y sus imitadores se apoderen de la maquinaria gubernamental. Para conseguirlo, quizás hay que adoptar formas que no sean especialmente agradables, como el Gobierno español actual, pero hay que hacerlo.

En segundo lugar, tenemos que adoptar una estrategia de democracia militante. El jurista alemán Karl Loewenstein sostenía en 1938 que el fascismo es sobre todo una técnica basada en la explotación de las debilidades de la democracia. Si le cortas la financiación exterior, prohíbes los uniformes, reprimes su discurso de odio, quizás no podrás matar la idea, pero sí que desbaratarás la técnica. Las instituciones de justicia supranacional, incluyendo el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, siguen siendo —mientras sobrevivan— los medios más eficaces para hacerlo. [11]

En tercero y último lugar, tenemos que adoptar un *ethos* (una ética, un espíritu) antifascista, es decir, tenemos que vivir conscientemente de manera antifascista. Después de dos generaciones de amoralismo justificado por el mercado, eso es lo más difícil de todo, especialmente cuando se están gastando miles de millones de dólares para introducir el *ethos* fascista en nuestros perfiles de Twitter y TikTok.

No hay duda que por segunda vez en un siglo nos veremos obligados a resistir contra el fascismo y a derrotarlo. Es un fenómeno global y se extiende espontáneamente por las redes sociales a medida que el yo neoliberal se evapora. El *ethos* es, en última instancia, una visión del yo: si la izquierda no lucha por tener uno y, en cambio, prefiere una serie de “demandas” o agravios, sólo saldrá beneficiada la extrema derecha. Eso no es un argumento contra la política identitaria: es un reconocimiento que la identidad tiene que estar arraigada en la humanidad.

Mientras resistimos, los padres de la Declaración Universal de los Derechos Humanos tienen dos lecciones para enseñarnos: que un principio plasmado en una carta está bien, pero que un convenio jurídicamente vinculante es todavía mejor.

Y aprovechar la ocasión. Habrá un momento en que gente como Donald Trump, Elon Musk y Andrew Tate ya serán historia; en que Vladimir Putin y Xi Jinping corran la misma suerte que todos los dictadores. En aquel momento, en medio del caos, unas pocas personas armadas con un argumento jurídico a favor del universalismo y un *ethos* humanitario pueden conseguir muchas cosas.



## REFERENCIAS Y NOTAS

- 1 — Plekhànov, Gueorgui (1883). *Socialism and Political Struggle*.
- 2 — Amnistia Internacional (2023). *Amnesty International Report 2022/23: The State of the World's Human Rights*. Informe sobre Rússia, p. 307-311. [Disponible en línea](#).
- 3 — Hessel, Stéphane (2020). *¡Indignaos!* Barcelona: Destino. Traducción de Telmo Moreno Lanaspá
- 4 — Winter, Jay; Prost, Antoine (2013). *René Cassin and Human Rights: From the Great War to the Universal Declaration (Human Rights in History)*. Cambridge University Press. Versión Kindle.
- 5 — Wike, Richard; Fetterolf, Janell (2021). *Global Public Opinion in an Era of Democratic Anxiety*. Pew Research Center. [Disponible en línea](#).
- 6 — El texto completo en inglés de la “Declaración conjunta de la Federación Rusa y la República Popular China sobre la nueva era de las relaciones internacionales y el desarrollo sostenible global” se puede consultar [en línea](#).
- 7 — Arendt, Hannah (2017). *The Origins of Totalitarianism*. Penguin Classics.
- 8 — Harvard Palestine Solidarity Group (2023). Joint Statement by Harvard Palestine Solidarity Groups on the Situation in Palestine. Instituto de Estudios Palestinos. Comunicado [disponible en línea](#).
- 9 — Marx, Karl i Engels, Friedrich (1845). *Die heilige Familie*. La edición en castellano [*La Sagrada Familia*] se publicó el año 1997 por parte de Ediciones Akal.
- 10 — Traverso, Enzo (2007). *Fire and Blood: The European Civil War, 1914-1945*. Verso. Versión Kindle.
- 11 — Loewenstein, Karl (1937). *Militant Democracy and Fundamental Rights*. *The American Political Science Review*. Vol. XXXI, núm. 3 (junio 1937), p. 417-432. American Political Science Association.

**Paul Mason**

Es periodista, escritor y activista político del Partido Laborista. Escribe habitualmente en *The New European* y en el *Frankfurter Rundschau* y publica una *newsletter* en Substack llamada *Conflict & Democracy*. Anteriormente, había sido redactor económico del programa de la BBC *Newsnight* y del *Channel 4 News*. Es autor de siete libros, entre ellos *Postcapitalism* (2015) y *How to Stop Fascism* (2021). Actualmente vive en Londres y trabaja en un proyecto para elaborar una historia global del comunismo.